

- GOYTISOLO, J., *Las semanas del jardín*, Madrid, Alfaguara, 1997.
- IBN AZZUZ, M., *Diccionario de supersticiones y mitos marroquíes*, Madrid, Instituto de Estudios Africanos, 1958.
- RANK, O., *Le mythe de la naissance du héros*, suivi de *La légende de Lohengrin*, Paris, Payot, 1983.
- ROQUE, M.-À., «El viento y la covada. Mitos y ritos de las Baleares», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, vol. LIII, n.º 11, 1998, pp. 55-80.
- ROQUE, M.-À., «Aves augurales, símbolos de vida y muerte», *Los animales. Del mito al rito*, Salamanca, Centro de Cultura Tradicional Ángel Carril, Diputación de Salamanca, 2005, pp. 10-53.
- ROQUE, M.-À., «Espaces sacrés et rituels : un imaginaire partagé dans la Péninsule Ibérique et au Maghreb», en M.H. Fantar (ed.), *Osmose ethnoculturelle en Méditerranée*, Túnez, 2007.
- WESTERMARK, E., *Ritual and Belief in Morocco*, vol. II, Londres, McMillan, 1926.

Cábala y astrología

Mario Satz. Escritor

A lo largo de la historia, los cabalistas judíos han tenido en consideración la vía de la astrología como acceso al conocimiento simbólico debido a las semejanzas que ésta presenta con la cábala. Ello no significa que no existan diferencias notables entre ambas, como las referencias personales contenidas en la astrología, frente al esfuerzo de la cábala por ser transpersonal e intertextual, siempre en busca de la libertad interpretativa. Aun así, por encima de todo cabe señalar, como punto de encuentro fundamental, que estas disciplinas nos enseñan que cada ser humano tiene la suerte en sus propias manos, y la hace buena o mala según sepa aprovechar sus circunstancias vitales.

A lo largo de la historia ha habido numerosas referencias bíblicas a la astrología, entre las que destaca Daniel 1:20. En este pasaje aparecen intérpretes de sueños o profetas como el personaje del libro homónimo, en cuyo texto figuran casi todas las menciones que las Escrituras hacen de los astrólogos. Estas figuras llevan el extraño nombre de *jartom*, *jartumim*, vocablo que, a su vez, procede de la raíz *proa*, junta, pico (señalando, con ello, la connotación de cronistas y escribas que tenían los profesionales del cielo). Aunque la Biblia suele ser peyorativa o exageradamente crítica con estos astrólogos, lo cierto es que a partir de los siglos III o IV y en la Alejandría gnóstica los cabalistas hebreos que compilaban o editaban el *Séfer Yetzirá* o *Libro de la formación*, tal y como veremos, no podían dejar de considerarla una vía de acceso al conocimiento simbólico o, cuanto menos, una de las grandes esferas de correspondencia entre el macro y el microcosmos. No hacerlo, en esa época, hubiese sido insistir en un provincianismo que los

judíos, insertos en la ciudad-eje de la cultura helénica, no querían de ninguna manera asumir. Y sin embargo, a pesar de ello, la postura de Daniel se mantendrá a lo largo de los siglos, pese a un Ibn Ezra o un Najmánides, al margen de las sugestivas menciones del reputado Maimónides a propósito de la salud y la Rueda de los Signos.

Ciertamente, la astrología tiene ese doble impacto sobre nuestro intelecto, y mucho más en los últimos siglos, desde el Renacimiento para acá, en los que el conocimiento empírico y el racionalismo han despejado el camino a los números exactos y han depositado el mapa emblemático y su entramado de relaciones y analogías —en medio del cual había vivido el hombre medieval— en el trastero arqueológico de lo meramente imaginario. Si no hubiese sido porque un genio de la grandeza de Jung, en la década de los treinta, y bajo la tutela nada sospechosa del físico Pauli, al demostrar su interés en la astrología afianzó así su teoría de los

arquetipos, probablemente ningún psicólogo serio le prestaría la atención que merece en tanto huella cosmobiológica de nuestras pautas culturales. Dicho esto, parece obvio que la astrología resulta más interesante como modelo de conocimiento que como metro patrón, pues si por algún lado hace aguas es en su credibilidad matemático-predictiva. Hitler y Churchill tuvieron, durante la última gran guerra, sus astrólogos, y ninguno de ellos acertó más allá de la configuración de una burda imagen de lo que podía e iba a suceder, a pesar de lo cual sí es posible entender la mentalidad de uno y otro a la luz de las tipologías astrológicas. Poco más.

La primera semejanza que podríamos hallar entre la cábala y la astrología nace del hecho de constatar que los 32 senderos que fluyen y confluyen a lo largo y ancho del Árbol de la Vida, los cuatro mundos (de hecho, los cuatro elementos clásicos) y los tres ejes verticales, constituyen un equivalente, en lo que al tablero de juego místico se refiere, de los 12 signos, sus correspondencias ígneas o aéreas, las casas, las oposiciones y conjunciones. Incluso hay quien ve correspondencias entre los *sefirot*, esferas virtuales de poder, y los planetas, pero como las escuelas y los cabalistas no se ponen de acuerdo acerca de cuál es el lugar exacto de Marte o Júpiter en el esquema sefirótico, es mejor no surcar esos mares de dudosa turbulencia. Hay que tener en cuenta, no obstante, el cuadro que menciona el *Yetzirá* en la versión del maestro Rabí Kaplan. En cuanto a la diferencia más notable, radica, a mi juicio, en que mientras la cábala es y se esfuerza por ser transpersonal, la astrología fascina precisamente por sus referencias a lo personal. Eso hace, desde luego, que también astrólogos y cabalistas difieran y que, en la citada línea tradicional de Daniel, prefieran verse a sí mismos como intérpretes antes que como alzadores de cartas, o bien como lectores de sueños y prodigios antes que como calculadores de eclipses y tránsitos. La cábala va hacia la anonimidad y, en definitiva, hacia la libertad, incluso cuando se explica un suceso tras recurrir a un texto. Lo prefigura su tendencia, semítica después de todo, anicónica, así como un cierto rechazo visceral al determinismo. La astrología, por el contrario, no puede no ser mínimamente determinista e intentar, mediante su conocimiento, coordinar o intentar ajustar el

destino del sujeto al diorama cósmico y estelar de un determinado momento de su vida.

En aquello que está «grabado» (*jarut*) en las Tablas de la Ley y según el Éxodo 32:16, los maestros querrán leer *jerut* (la «libertad»), pues «libre es», dice la Mischná, «el hombre si trabaja para la Ley». Podríamos argumentar que también los estudiantes de astrología buscan la libertad a través del conocimiento, pero la verdad es que, *grosso modo*, los personajes que uno encuentra aquí y allí, en el mercadillo de la predicción, son lo menos libres y desprejuiciados que podamos suponer: viven del cuento y de cierto criptosimbolismo adecentado para amas de casa desocupadas y desaprensivos de escasa voluntad. En pocas palabras, la astrología parece prestarse más fácilmente al engaño y la falsificación precisamente por su tendencia a buscar soluciones íntimas y privadas, al revés que la cábala, que sumerge al estudiante en un océano o en un mar (la Torá) sin más requisitos que la atención y la devoción, y no le ofrece nada de valor hasta que su ego no esté lo bastante reblandecido como para poder iluminarlo a través. Incluso en la voz de un gran maestro como Jesús resuena el mismo inconformismo danielino, cuando nos dice que «el *shabat* ha sido creado para el hombre y no el hombre para el *shabat*». Al estar el día sábado consagrado a Saturno, Saturno-Cronos, señor del tiempo, y al enfatizar el Nazareno una independencia de criterio no ritual, y por lo tanto la sustancia indeterminada de la realidad, alude indirectamente a que nada hay prefigurado para siempre, a que todo es, de hecho, una proyección del alma del creyente sobre el damento de sus actos. La cábala, y no hay razón para dudar de que Jesús estuviera iniciado en sus misterios, se mueve siempre en pos de una libertad interpretativa e intertextual, incluso a riesgo de no coincidir con la verdad cósmica, incluso transgrediendo lo clásico. Dudo mucho que la astrología aspire a transgredir nada. Antes bien, desea ajustarse a las leyes del espacio exterior, a sus simetrías y resonancias, en lo cual hay mucho de loable y noble, pero también de peligrosamente abstracto. La astrología o *itzganinut* tiene la misma raíz que *utztab*, aquello que está hecho de cajones, anaqueles, estrados, repisas, es decir, lo que es jerárquico por naturaleza propia y se ajusta a un marco. Por el contrario, me parece que lo que la cábala ansía es salirse del cuadro, ver

los márgenes aún no determinados de la realidad. Desde luego que no será así en la composición del Yetzirá, pero desde luego sí en el Bahir y el Zohar, textos posteriores.

Cuando, paso a paso, consideramos el concepto de signo astrológico o *mazal* y calculamos su valor numérico, que totaliza 77, es decir 14, cuyo equivalente verbal es la palabra mano, descubrimos –dado que *mazal* significa también fortuna, fortuna a secas– que cada uno de nosotros tiene su suerte en las manos, y que la hace buena o mala según sepa aprovechar sus circunstancias vitales. A su vez, la cifra 77 puede leerse directamente como *oz*, vocablo que tiene ese valor y significa poder, escudo, protección. Así pues, conocer el signo de cada uno, vislumbrar sus características y sus límites, puede concedernos la facultad de protegernos de sus propias debilidades a la par que potenciar sus secretas virtudes. Puesto que también puedo convertir ese 77 en la expresión *halel bi*, el salmo en mí, la loa, la alabanza en mí, parece obvio que mi suerte contiene, en cada instante de mi vida, la ocasión de una música, la configuración secreta de una melodía, poco importa si triste o alegre, ya que siempre habrá un *hel* o aura de revelaciones sobre mi corazón, *libi*. Tal es mi poder y fortuna más allá de todo determinismo astral pues, como escribió San Juan de la Cruz en su prisión de Toledo, me encuentro «sin otra luz ni guía sino la que en el corazón ardía».

También el Corán (sura XLI-37) nos indica: «No os prosternéis ante el sol o la luz. Inclinaos ante Alá, que lo creó», señalando que lo invisible consciente es más poderoso que lo visible inconsciente, entendiéndolo como la naturaleza discernible por nuestros sentidos exteriores. Lo cual no impidió, en el seno del islam, la existencia de astrólogos y maestros de predicción hasta el día de hoy. Se trata, obviamente, en la citada frase, de un llamado a la libertad individual y mística por encima de la configuración astral de cada momento histórico. Una exhortación a la responsabilidad del sujeto frente al mundo objetivo de los astros que, si bien lo influyen, modelan y cuajan, no lo coaccionan del todo ni lo limitan en la acción. Mahoma limpió la Ka'aba de La Meca de lo que, sospechaba, eran ídolos a las estrellas y los duendes, pero la misma piedra meteórica inscrita en ese monumento, con el correr de los siglos, acabó por convertirse en el cubo de la rueda terrestre cuyo

par celeste tiene por cubo a la Estrella Polar. Por esta razón no podemos nunca alejarnos demasiado de las leyes estructurales del cielo. Por otra parte, mientras más de la mitad de la nomenclatura de nuestras estrellas lleva nombre árabe, los sufíes o místicos del islam cantan a la libertad absoluta del universo humano en el núcleo de su propio corazón. Del juego entre lo libre y lo determinado depende nuestra salud, y así lo han visto siempre los filósofos taoístas. Cuando los cabalistas se dedican a estudiar, según el Yetzirá, la rueda zodiacal o *galgal ha-mazalot*, no pueden separarla de las 12 tribus, las fuerzas complementarias u opuestas del universo, o la idea de que todo, cada partícula de lo real perceptible, es una chispa solar del fuego divino.

El *Libro de la formación* establece a la manera astrológica un esquema de trabajo espiritual que puede sernos útil. En el centro se encuentra el Tetragrama o Nombre Supremo de Dios *asimilado* al Sol o *shemesh*. Partiendo de ese centro que es, por otra parte, el de nuestro sistema planetario, vemos en el círculo más íntimo los signos del zodiaco de Aries a Piscis; inmediatamente después, los meses del año, que en el calendario hebreo son lunares, a pesar de lo cual se cuentan por 12. Después tenemos las tribus y sus nombres; luego, las virtudes o polaridades –amor/odio, amistad/enemistad, etc.– y, por último, en el círculo más externo, todas las posibles permutaciones del Nombre Inefable, lo que nos señala que el Creador está tanto fuera como dentro de nosotros mismos; en el centro y en la periferia. De este modo, siguiendo la cosmogénesis, el Sol engendra primero el zodiaco, luego los meses que se corresponden con sus signos, más tarde la tribu que cada signo tutela, después una tendencia o un emergente caracterológico y, por fin, deposita, candente ceniza de maravillas, una pequeña huella de sí mismo en nuestro camino, es decir, en la parte de la rueda que toca, como los pies, el suelo que pisamos. Para que, ante ella, frente al hallazgo y el milagro de sabernos inscritos en un universo prodigioso, comencemos a buscar la correspondencia de la parte con el todo. Entonces ¿qué deberé conocer primero si aspiro llegar al centro de mí mismo, que no es otro que el Creador creándome, el Dador de Vida dándome su resplandor viviente en cada célula y átomo, en cada partícula y latido? Obviamente, el mundo emocional. Las relaciones que tengo

con los demás y conmigo mismo; tal es el espacio psicológico por antonomasia o lo que podríamos llamar primer nivel de determinación kármica: los padres, los amigos y enemigos, la pareja, los hijos, los ancestros y las vocaciones. Después, en el segundo nivel de determinación kármica o tercer círculo de fuera hacia dentro, tal y como diría Jung, deberé conocer mi inconsciente colectivo cultural, es decir la matriz tribal de la que procedo: los cristianos de los Evangelios, los judíos de la Torá; los budistas del Tripitaka; los musulmanes del Corán. En términos espirituales, «nuestra tribu» no es otra cosa que la familia simbólica de la que descendemos, su tesoro verbal y anímico, por cuya ventana veré mejor el mundo de los valores cósmicos que si me esfuerzo por mirar desde una perspectiva ajena. Tras esa asimilación vendrá el mes que considero propicio y luego, por fin, muy cerca de Dios pero también del Sol, los signos del zodiaco.

De este modo tan sugerente, el Yetzirá considera que para acercarnos a lo divino antes es preciso hallar un vestigio de ello en nuestro camino. Como decían en su época los alquimistas: «Para hacer oro hay que tener un gramo de oro». El dibujo y el texto de la cábala ponen muy alto el listón de la astrología, aunque lo hacen de manera transpersonal, ya que en el círculo que más cerca está de la solar luz central, los nombres propios parecen evaporarse ante lo que indican Tauro, Virgo, Acuario o Géminis. La

astrología es, en verdad, un espejo asombroso para quienes se saben mirar en él, pero también puede ser el pienso de peor calidad para quienes renuncien a investigar y reflexionar por sí mismos más allá de la tabla de las efemérides, la fantástica zoología china del año del mono o del caballo, la balanza de Libra o la flecha de Sagitario. Decididamente, la cábala no nos permite esa superficialidad, no porque sea mejor o más profunda, sino sencillamente porque no se presta, en su manantial más hondo, al mismo comercio y vulgarización. Dicen los sabios hebreos: «¿Con qué pueden compararse las palabras de la Ley? Las palabras de la Ley pueden compararse con el fuego. Como el fuego, vienen del cielo, y como el fuego son perdurables. Si un hombre se acerca mucho a ellas, se quema, y si se aleja, se hiela. Si son instrumento para su trabajo, salvan al hombre. Si éste se sirve de ellas para arruinar a otros, éstas lo destruyen y pierden. El fuego deja su marca en todos los que lo usan. Eso mismo hace la Ley. Cada ser humano dedicado al estudio de la Enseñanza lleva impreso el sello de fuego en sus hechos y en sus palabras». Resulta casi innecesario agregar que quien se dedica a la astrología para servir a los demás y ayudarse a sí mismo se halla en idéntico contexto, mientras que aquellos que, desprestigiándose, la desprestigian y afean, acaban, ya se sabe, encerrados en el hielo de su sideral distancia, aislados en su vanidad de vanidades y cazados por su propia red.

Las músicas sagradas del mundo: «Encuentros e interrogantes»

Gérard Kurdjian. Director artístico del Festival de Fez de Músicas Sagradas del Mundo

El Mediterráneo constituye un lugar de encuentro privilegiado para las llamadas «músicas del mundo», ya que las tradiciones musicales de los pueblos que lo habitan siempre han estado en contacto por razones históricas. En este sentido, el papel de las grandes religiones monoteístas ha resultado fundamental. Así pues, en un marco tan proclive al diálogo entre civilizaciones, el Festival de Fez de Músicas Sagradas del Mundo representa un lugar de encuentro único en el mundo arabomusulmán que, poco a poco, se ha abierto a las grandes corrientes religiosas y espirituales del mundo para acoger a artistas de tradiciones muy diferentes, que pueden compartir y fusionar estilos, culturas y sensibilidades con el fin de convertir el festival en un «laboratorio» de experimentación de vida en común.

Desde los años setenta, es decir, desde hace casi 40 años, las llamadas músicas «del mundo» (¿pero acaso las otras músicas no forman también parte del mundo?) ocupan un lugar cada vez mayor en la escena musical y desempeñan un papel nada despreciable en el conocimiento de las culturas de las que provienen. Toda corriente de pensamiento, o todo movimiento artístico, incluso si es fruto de movimientos clandestinos relacionados con la historia cultural, social y política, nace y crece a través de una visión personal, y está producida por seres excepcionales con visión de futuro.

Corresponde al gran indianista, musicólogo y pensador Alain Danielou el hecho de que, en los años setenta, el público occidental melómano descubriera las músicas de la India, Asia y Oriente, por medio de la mítica colección de los álbumes de músicas tradicionales de la Unesco. Occidente descubriría las múltiples riquezas de esas tradiciones musicales no europeas, donde el maestro indio del sitar Ravi Shankar se codeaba con el príncipe iraquí del laúd Mounir Bachir, donde el gamelán balinés respondía a los acordes del baláfono africano, y donde el lamento del ney turco se hacía eco de la meditación abisal del shakuhachi japonés...

Algunos años después, bajo la égida del movimiento «folk», llegaría la hora de redescubrir las músicas tradicionales europeas y, a través de ellas, capítulos enteros del pasado cultural y social de los países de la vieja Europa que la modernidad había ocultado. De este modo, a lo largo de esos años fundadores de una cultura en gestación, se iría constituyendo esa orquesta planetaria de múltiples sonoridades, en la que la Callas podría resonar junto a Oum Kalsoum, Ravi Shankar escribir un concierto para sitar y orquesta, Johann Sebastian Bach verse adornado por el color de las percusiones africanas, Youssou N'Dour inaugurar la Copa del Mundial de Fútbol o incluso Gilberto Gil convertirse en ministro de Cultura de Brasil... Como un anticipado movimiento anunciador de esa aldea global de la que tanto se habla en los albores de este naciente siglo XXI. Y seamos justos, a Occidente —y a su insaciable curiosidad intelectual, su acusado sentido crítico y su inventiva sin límites—,

corresponde el mérito de la creación de este espacio artístico, cultural, mediático y económico, donde las músicas del planeta resuenan para el enriquecimiento de todos; donde los artistas del Sur, gracias a esa escena y a ese mercado mundial, pueden encontrar nuevos públicos, salidas comerciales y, en resumidas cuentas, formas de supervivencia, e incluso de regeneración, para sus propias tradiciones musicales.

La historia de los años siguientes ha hecho que, de estas músicas de las grandes tradiciones del mundo, después el interés se haya ido centrando, en la secuencia posterior, en las músicas sagradas del planeta, como si al mismo tiempo que se desvelaba la belleza de estas formas se hiciera visible, como enroscada en su seno, su íntima relación con las formas religiosas, rituales y espirituales que constituyen una parte esencial de la vida de las sociedades de las que procedían, confirmando así, de manera «experimental», el viejo adagio latino *vox populi, vox dei*. Un movimiento de penetración y profundización a través del cual se revelaba el vínculo secular que unía, en dichas sociedades, el arte —y por tanto, las músicas— con lo sagrado.

Esos escenarios de las músicas del mundo y las músicas sagradas del mundo, que después propiciarían el nacimiento de festivales específicos, con el paso del tiempo se han convertido en auténticos espacios de diálogo y encuentro, ofreciendo a los artistas de todas clases, y también a sus públicos, unos fructíferos momentos de intercambio y creación sin parangón en la historia. Porque a decir verdad, tanto en nuestro espacio mediterráneo como en otras partes del mundo, los siglos pasados sólo nos han proporcionado algunos escasos ejemplos de «diálogo de civilizaciones». Como atestigua la historia, desde hace siglos este espacio ha sido más bien un lugar de enfrentamientos casi ininterrumpidos entre el islam y la cristiandad. Muy lejos de ser el mar que conecta y acerca, durante mucho tiempo el Mediterráneo ha sido un espacio de separación, luchas de intereses y antagonismos seculares. Tal como apunta el filósofo Rémi Brague, durante las épocas medievales «los diálogos de verdad entre personajes reales en los que cada uno expresaría con su propio vocabulario sus auténticas convicciones constituyen una excepción».¹

1. R. Brague, *Au moyen du Moyen-Âge. Philosophies médiévales en chrétienté, judaïsme et islam*, París, Éditions de la Transparence, 2006.

El uso de este término, el de diálogo de civilizaciones, con su connotación pacifista y su supuesta pertinencia al ámbito de las relaciones entre las culturas de los siglos pasados, muy especialmente entre el mundo cristiano y el mundo musulmán, procede más bien de un anacronismo, dado que esta noción parece situarse fuera de la esfera conceptual y del imaginario de los mundos históricos antiguos tanto en el Mediterráneo como en otros lugares. Con sus diversos componentes judíos y cristianos, la Andalucía musulmana fue el fruto de las invasiones arabobereberes que vencieron y sometieron a la España visigótica antes de propiciar el nacimiento de una civilización original. Al-Nahda —el movimiento de renacimiento árabe de finales del siglo XIX— fue una consecuencia, a decir verdad un poco tardía, pero muy efectiva, del desembarco en Egipto, en 1799, del cuerpo expedicionario francés a las órdenes de Bonaparte, una vez cicatrizada en parte la herida narcisista y asimilado el traumatismo político y cultural que dicha derrota causó en el mundo arabomusulmán. Los cambios y reformas —*Tanzimat*— que implantaron los diversos sultanes otomanos en el imperio a partir del siglo XIX y que tendieron a «occidentalizar» ciertos espacios de la sociedad turca, fueron completamente llevados a cabo bajo la presión occidental y el reconocimiento de una decadencia militar y política. Hay innumerables ejemplos que muestran bien a las claras que, en la historia del Mediterráneo, los escasos espacios/momentos de convivencia y/o encuentro con otras culturas sólo existieron bajo la amenaza de circunstancias adversas, y fueron mucho más sufridos que decididos por parte de los pueblos y sus dirigentes.

El diálogo de civilizaciones, por lo menos a la escala en la que se propone en nuestra época, y tan alabado en los últimos tiempos, aparece tras un análisis como una noción de un género inédito, y más que como un resurgimiento de un pasado glorioso que algunos habrían olvidado u ocultado, como uno de los «vástagos» de la modernidad, el ideal democrático y la globalización. Las revoluciones tecnológicas de las comunicaciones, los transportes, las necesidades de las migraciones de índole económica, que son la marca de nuestro presente planetario, y que muy probablemente evolucionarán de manera muy importante en las

décadas venideras, dibujan, por primera vez en la historia de la humanidad, los contornos de una verdadera interpenetración de las culturas y los agrupamientos humanos.

En esta intensa efervescencia de encuentros e intercambios, las llamadas músicas del mundo y los festivales asociados a ellas desempeñan un papel importante y contribuyen, junto con otras modalidades de encuentros de carácter más institucional, a remodelar los vínculos actuales y futuros entre pueblos y tradiciones. Más arriba hemos visto que en los últimos años, el escenario planetario de las músicas del mundo ha permitido a amplios círculos de melómanos, aficionados y turistas conocer mejor las culturas y los pueblos de los que éstas proceden, mientras que antes ese conocimiento era más bien un privilegio de etnomusicólogos y antropólogos eruditos. Como este fenómeno afecta también, y a unos niveles muy profundos, a las almas y los corazones, no es simplemente mediático o intelectual. Esta apertura musical, de la que somos encantados espectadores y atentos testigos, es asimismo una apertura interior que, a través de la emoción estética, deja su huella en cada uno de nosotros. Más allá de la belleza de esos cantos desconocidos procedentes de tierras lejanas, también se evocan de manera indefinida paisajes, modos de vida, destinos y rostros, los cuales, marcados con el sello de la belleza, a partir de ese momento pasan a ser más cercanos, familiares e incluso fascinantes. Así, la difusión de estas músicas contribuye de manera significativa a integrar las alteridades culturales en nuestros espíritus y nuestro entorno.

¿Qué sucede con esta interpenetración cultural en el ámbito de lo religioso y lo sagrado? El diálogo interreligioso, iniciado en los años sesenta en la dinámica del Concilio Vaticano II, y cuya primera orientación consistía en buscar una aproximación entre el mundo cristiano y el mundo musulmán, ha corrido diversas suertes. Si hay un ámbito en que la crispación es tremendamente tenaz, éste atañe a lo religioso y lo sagrado. En él, los dogmas, los rituales y las creencias se hallan inextricablemente vinculados a las estructuras sociales y culturales, e incluso —y eso es algo bastante propio del mundo arabomusulmán— a la organización política de la ciudad, contribuyendo de este modo a bloquear en diversos grados los discursos y comportamientos.

En sus propios espacios y en las relaciones que mantienen entre sí, las culturas, las sociedades y las tradiciones se hallan influidas por múltiples corrientes en las que el juego y la interdependencia también buscan, en última instancia, la protección y difusión de los propios intereses, a menudo concebidos o soñados por sus protagonistas, especialmente en la esfera religiosa, en tanto que poseedora de un valor universal. Por tanto, éstas son susceptibles de acabar siendo trasladadas en un momento u otro, por medios, procedimientos y tiempos diversos, a otras sociedades y culturas. Eso es tanto como decir que el espacio del llamado diálogo interreligioso es, en el mejor de los casos, un lugar de consensos a *minima*, que requiere muy pocos compromisos, y, en el peor, y con mucha frecuencia, un círculo en el que prosperan segundas intenciones y palabras no dichas.

Desde una perspectiva diferente, los festivales de músicas del mundo y los festivales de músicas sagradas proponen otros escenarios más «competitivos» para el mundo de los encuentros e intercambios aunque a primera vista parezcan menos ambiciosos. Esta eficiencia inmediatamente perceptible valora, en primer lugar, la naturaleza de lo que se trabaja. En efecto, si los discursos tienen por objetivo seducir y/o convencer, la función de la música en tanto que arte sensible es llevar a los espíritus, por medio de resonancias y vibraciones, armonía, belleza e incluso «voluptuosidad». Y la orquesta, al agrupar a diversas personas originarias de todas partes, ejerce esta función de unificación y concentración en la que cada uno se pone al servicio del otro, expresándose cuando es su turno y poniéndose a la escucha, como servidor en última instancia de una efímera felicidad común —«el momento musical»— que será tanto más intenso cuanto mejor se hayan respetado las reglas colectivas productoras de armonía, y convirtiendo a esa polifonía en una especie de paradigma ideal de toda forma de vida en sociedad. Un paradigma, o más modestamente una referencia, hacia la que también se orienta el Festival de Fez de Músicas Sagradas del Mundo.

Fundado en 1994 por un grupo de intelectuales y responsables marroquíes impregnados de cultura francesa y, por lo tanto, ampliamente biculturales, esta manifestación ha elegido el vector de las expresiones musicales de lo sagrado para promover

formas originales de encuentros entre tradiciones. Centrado al principio en las tradiciones musicales de las tres religiones monoteístas —judaísmo, cristianismo e islam—, poco a poco el festival se ha ido abriendo a otras grandes corrientes religiosas y/o espirituales, como, por ejemplo, el hinduismo, el budismo y hasta el animismo, todas ellas corrientes de pensamiento que numerosos practicantes del islam ortodoxo consideran derivadas del politeísmo e incluso del ateísmo.

Esta apertura, que se ha ido construyendo poco a poco a través de un cierto número de ediciones, ha permitido que tanto un importante público marroquí —aunque, a decir verdad, procedente de las clases más acomodadas— como internacional hayan podido descubrir los sabores de tradiciones musicales y sagradas que les eran poco conocidas. Así pues, se trata de una ocasión única para conseguir que cohabiten, en un espacio y un tiempo dados, culturas, músicas y sensibilidades de orígenes diversos, y para que se puedan ver, oír y estimar expresiones completamente diferentes de la tendencia universal que poseen los hombres hacia la trascendencia, lo espiritual y lo divino... a través del filtro mágico de las músicas y la belleza.

Para acrecentar aún más esta diversidad de públicos y conciertos, el festival invita también a obras y programas que aglutinan a artistas llegados de diferentes horizontes culturales y religiosos. Así, el canto gregoriano puede codearse con los himnos de la música carnática de la India, los coros de los *qawwals* de Pakistán se mezclan con los trances del gospel llegado de Estados Unidos, y las grandes orquestas marroquíes presentan repertorios judeo-árabes con grandes solistas de origen judío.

Para profundizar aún más en este proceso general de acercamiento, en los últimos años se ha encargado la creación de obras a grandes compositores. Así, el violinista de jazz Didier Lockwood ha creado *Cuerdas y almas*, que contó con un director de orquesta, cantantes y músicos marroquíes, y el maestro percusionista iraní Keyvan Chemirani ha creado *Melos: cantos del Mediterráneo*, con artistas griegos, marroquíes y españoles. El baile contemporáneo está presente con el coreógrafo turco Ziya Azazi, que reinterpreta los giros seculares de los derviches giróvagos de Konya. Así, en el transcurso de las sucesivas ediciones, y según estos tres planos/secuencias imbricados entre sí como

muñecas rusas, se han ido implantando los mecanismos sutiles de nuevas formas de interconocimiento. En dichas ediciones se encuentran, se fusionan y algunas veces hasta chocan de frente diferentes culturas, estilos y sensibilidades, en lo que se muestra, *in fine*, como parte integrante de un «laboratorio» de experimentación de vida en común. Para completar la descripción, a este paisaje en movimiento convendría añadir un telón de fondo, el propio Marruecos, el cual, en tanto país musulmán de pleno derecho y con sus propias características, confiere a esta manifestación, sin parangón en el mundo arabomusulmán, un significado suplementario y un valor particular.

Un telón de fondo atravesado por múltiples corrientes, unas inclinadas hacia la apertura, y otras hacia un cierto pasado alimentado por crispaciones y referencias religiosas a menudo míticas, y del que proceden las reticencias e incluso muchas veces la hostilidad mostradas por los sectores islamistas/integristas del país, para los que tanto este festival como otros que han visto la luz durante los últimos años son caballos de Troya de Occidente y espacios de una excesiva liberalidad. Así pues, el principio de la realidad vuelve a hacer acto de presencia, una realidad que llega para despertar las memorias adormecidas y disipar un poco la dulce euforia de un mundo ideal que pretendía hacer caso omiso de la historia, o librarla de un modo sutil de sus episodios más molestos. Por otra parte, en la misma línea de esta perspectiva, y dado que el ángulo de la mirada cambia bastante poco, en este concierto general, a veces demasiado armonioso, también es posible detectar ciertas disonancias. Podemos descubrir, por ejemplo, profundas diferencias tanto de escucha como de apreciación, sobre todo durante los conciertos de naturaleza muy espiritual, entre el público local y el público internacional llegado, en su inmensa mayoría, de los países occidentales.

Mientras que el público occidental se deja llevar cada vez más por la dulzura de las melodías y los ritmos, muchas veces sin preocuparse por entender los textos cantados en lenguas extrañas, el público marroquí, durante los conciertos de una tradición diferente a la suya propia, la mayor parte del tiempo se muestra más dispuesto a captar el sentido de lo que se está entonando en escena, que a dejarse llevar por el *tarab*, la embriaguez de la audición musical. En esta diferencia, ciertamente menor

pero muy presente, pueden verse las huellas de dos distintas evoluciones históricas sobre el lugar que ocupa lo religioso en Occidente y en el mundo arabomusulmán.

En el público de los conciertos, el referente religioso, omnipresente en Marruecos, induce una actitud de vigilancia respecto a los textos y las palabras, que, aunque puedan parecer agradables cuando les ponen música, antes necesitan ser comprendidos y medidos según el rasero de lo que es o no aceptable, especialmente cuando se trata de un repertorio religioso. Al «otro lado», en Occidente, el debilitamiento de las relaciones con la religión debido al incremento del ateísmo, el laicismo militante, la indiferencia o una vaga espiritualidad produce entre el público internacional un tipo de escucha más específicamente «estética» y menos atenta a los significados textuales. En Occidente no hay más que tendencias y signos, los cuales, evidentemente, no abarcan la totalidad de las múltiples experiencias individuales vividas, sino que tan sólo revelan la complejidad y la dificultad de trabajar a partir de datos efectivos para posibilitar que ese tan deseado «diálogo» de culturas siga avanzando. Complejidad y dificultad que se ponen de manifiesto en los ejemplos siguientes extraídos de las recientes ediciones del Festival de Fez.

Durante la presentación de su última creación, *Melos: cantos del Mediterráneo*, que tuvo lugar en junio de 2009, y que reunía a artistas llegados de España, Grecia, Marruecos e Irán, el gran percusionista iraní Keyvan Chemirani, director musical de la obra, comunicó al público y a las personalidades asistentes, un poco decepcionado, el sentimiento de sorpresa que le había embargado a lo largo de los días de su estancia allí al descubrir, y sobre todo al experimentar, las diferencias, incomprensiones y resistencias que mostraban todos los artistas para aceptarse unos a otros en sus diferencias, así como para integrarse en un discurso musical unitario. Después de este inicio valiente y sin concesiones, afortunadamente lo que siguió fue bastante más agradable, porque la obra creada fue magnífica, pero sólo lo fue, según la propia confesión de su autor, tras pagar el precio de un trabajo difícil, mucho más difícil de lo esperado, un verdadero parto, un «tormento», pues cabe recordar que éste es uno de los antiguos significados de esta noble palabra, «trabajo».

Con ocasión de otra obra puesta en escena por el grupo de gospel estadounidense de Craig Adams y el conjunto de *qawwali* del cantante paquistaní Faiz Ali Faiz, pudo observarse otro fenómeno interesante, que se volvió a detectar repetidas veces en ocasión de diversos conciertos en los que participaban músicos musulmanes y músicos oriundos de otras esferas religiosas. Los coristas de cada grupo tenían que repetir, alternativamente, los estribillos del otro conjunto, es decir, por decirlo de una manera clara, los paquistaníes «Aleluya» o Jesús, y los cantantes de gospel «Alá» o la fórmula de la afirmación de la unicidad divina «La Ila Ha Illa Allah». Mientras que los estadounidenses repetían sin dificultad las palabras que les llegaban del grupo musulmán paquistaní, los *qawwals* evitaban cuidadosamente pronunciar tanto «aleluya» como el nombre de Jesucristo procedentes del conjunto cristiano, profiriendo en su lugar una melopeya parecida cantada en un ritmo similar.

Como puede verse, hasta en el ámbito de la creación musical, donde a pesar de todo los retos son menos visibles, nada es sencillo y la realidad sociorreligiosa aflora y algunas veces impone sus coacciones y bloqueos. Lo que no debe sorprendernos, sino incitarnos a ser más modestos y mantenernos siempre vigilantes. Si bien es verdad que en sus múltiples relaciones con los cantos y las músicas de todas las latitudes, en cierto modo lo sagrado «se humaniza», y capta los mil y un colores y sabores del mundo, y que el «diálogo de civilizaciones»

transmitido a través del médium hechicero de las músicas se vuelve más fluido y tangible, al menos mientras se interpreta la obra, no por ello dejan de tener menos peso las fuerzas activas del principio de la realidad, en el que los retos y conflictos de los intereses políticos, culturales y religiosos siempre están presentes, incluso adoptando formas discretas y alusivas.

Si es verdad que la música suaviza las costumbres, ¿qué pasa cuando ésta deja de sonar y cada uno retoma el curso de su vida y se reinserta en su mundo, con sus reglas y costumbres? A esta cuestión, está claro que ni el Festival de Fez de Músicas Sagradas del Mundo, ni ningún otro de los festivales del mismo tipo que se organizan en uno u otro lado, pueden responder. Pero a través de los momentos de gloria que ofrecen al mundo, sí pueden demostrar que en esos encuentros musicales es posible valorar nuestro presente de un modo más preciso, sin optimismo cándido ni temor excesivo. Es decir, que el diálogo de las civilizaciones y las culturas es más una matriz en gestación que una referencia histórica de un Mediterráneo medieval idealizado o fantaseado por razones ampliamente ideológicas, y cuya instrumentalización, e incluso manipulación, no contribuirá a disipar de una manera duradera tanto la incomprensión como las decepciones sufridas. A los hombres de hoy —de Occidente y Oriente, y del Norte y el Sur— corresponde trazar los contornos de ese diálogo, no sólo inspirándose en los mitos del pasado, sino en las historias y aspiraciones reales de los pueblos...

Final del día en el Mediterráneo

Francisco Ferrero. Director del Instituto Cervantes de Bruselas

El Mediterráneo es un mar repleto de historias y leyendas, lleno de sabiduría de las distintas civilizaciones que lo han poblado a lo largo de los siglos. Griegos, romanos, fenicios o cartagineses han llevado a través del mar sus conocimientos y los han transmitido a los pueblos vecinos, y de estos encuentros e influencias han resultado tantos diálogos como guerras. El Mediterráneo, pues, es un mar que guarda lo mejor y lo peor de sus pueblos, la diversidad de las culturas que contemplan sus orillas. Es por ello necesario aprender de este pasado, desenterrar la memoria para poder seguir avanzando hacia el conocimiento del otro, así como la preservación de la identidad mediterránea.

Llegará la noche, se irá la luz a descansar, nos liberaremos de la mentira en el sueño y respiraremos la paz de las cosas, el rumor del mar, la bondad de las horas. Miles de mundos poblarán nuestra imaginación y mil fantasmas nos visitarán. Entonces, tal vez, descendamos o caigamos en los abismos de lo desconocido que luego por la mañana olvidaremos. Así acabará un día y luego vendrán otros y otros en esa cadena absurda que nos marca el ritmo de nuestra alma solitaria, el canto del espíritu, los recuerdos, la imaginación, *esa loca de la casa*, al decir de Santa Teresa. Son los enigmas del mar Mediterráneo que, poblado de fantasmas, nos los devuelve hoy y nos indica el camino para que nos encontremos, hablemos, estrechemos brazos y deseos y caminemos juntos. El mar Mediterráneo, dos orillas y en medio una enorme lengua de agua que con sus inmensos labios se aproxima o aleja de mundos que deberían ser hermanos y no pelearse sino compartir una misma boca, esa misma lengua.

Mar cansado y necesitado de comprensión, repleto de historias y tristezas, de barcos hundidos, enterrados entre mundos de coral, algas y arena que esconden tragedias celosamente guardadas. Civilizaciones perdidas en el fondo, entre bancos de peces que se deslizan en tropel, casi asfixiados por la contaminación, y en lo alto, la claridad de un cielo radiante. De ese viejo Mediterráneo, de barba ondulada, que contempla la diversidad extraña, que nos propone acercarnos a él, que nos tienta para que nos bañemos en sus aguas y conozcamos sus pueblos.

Mar Mediterráneo que quiere ser camino, encuentro, esperanza y futuro y que veo ahora desde el avión, descendiendo a Barcelona. Un mar que, como a los niños, hay que proteger y cuidar. Pero yo me pregunto ¿quién puede entender los misterios de este mar, y de este cielo luminoso que lo cubre? ¿Por dónde reiniciarnos, amigo, en esta aventura tan antigua, de belleza, bondad, pobreza? ¿Cómo ayudarnos los mediterráneos? ¿Dónde recitar los versos que denuncien a aquellos que lo maltrataron o elogien a los que lo protegieron?

Tengo para mí la imagen de los acantilados, de las colinas domadas que miran al mar, repletas de pinos, romero, aulagas; de toda esa rica flora que las puebla y de las pequeñas playas con escasos bañistas. ¡El mar! Los puertos llenos de gente ansiosa o que busca el sosiego, vivir de otra manera, dialogar, re-

correr el lomo de un monte, echarse boca arriba en la tierra y contemplar el cielo desde el suelo, saciar su hambre, gozar la luz sedienta de justicia, la paz posible y la necesidad de vivir en uno de los bordes de este mar, cerca de las higueras, las vides, los almendros en flor, y en torno a los rotundos algarrobos, duros como el pedernal.

Percibo junto al mar las voces de la vendedora, husmeo el olor de su pescado fresco, visión de esas imágenes pintadas mil veces en la imaginación colectiva de Jávea, Dénia, Pego, Alfàs del Pi..., pueblos del Mediterráneo. Aspiro el azahar de los naranjos, el fresco perfume del limonero en flor, la tristeza por la ausencia del amigo que partió a un largo y definitivo viaje. Recuerdo el pasado, el sabor delicioso de las olivas machacadas, cortadas, enteras, negras o verdes, grandes y pequeñas, en adobo.

Recupero el perfume de olivos y naranjos que murmurarán su ansiedad por los colores verde, gris, negro, naranja, amarillo..., que nos devolverán la nostalgia de tanta gente ausente: sabios griegos, disciplinados romanos, astutos fenicios, cartagineses... Pueblos que fueron la cuna de civilizaciones que apostaron por el Mediterráneo, que decidieron hacer compañía al mar, plantar hijos, acuñar moneda, enterrar sueños o tal vez malgastar sangre, y a veces emponzoñar ideas, combatir el aburrimiento o enterrar la maldad.

Espejos enterrados que reflejaron sus imágenes, dulcificaron las guerras, apagaron el odio. Espejos que reprodujeron las borracheras más absurdas, las miradas más claras, los destellos mejores. Espejos que debemos desenterrar para mirarnos en ellos nuevamente y ver nuestro pasado y recuperar la memoria, la historia que debe ayudarnos a seguir. Y mientras tanto, los vencedores de torneos murmurarán todavía altivos por el laurel recibido y escucharemos de nuevo el clamor de los héroes de tantas batallas y leeremos las obras de los filósofos griegos, sus aporías y principios. Volverán a presentarse Tales, Anaximandro, Anaxímenes, Protágoras, Gorgias, Empédocles, Pitágoras, Sócrates, Platón, Aristóteles. Volvemos a disfrutar de las obras de Aristófanes y Menandro, de los trágicos y cómicos que nos instruyen y divierten con sus obras. Pericles gobierna, es el siglo V, y la sociedad ama su esplendor. Es el tiempo del hombre embriagado de poder.

y triunfos, rey del pensamiento, orgulloso de haber llegado donde ha llegado.

El Mediterráneo está en alza, ha logrado una de sus cimas. «Todo fluye, todo cambia. Nada permanece. Nadie se baña dos veces en el mismo río», había pontificado Heráclito de Éfeso, y en su *Perifiseos* añadiría: «El fuego es el padre de todas las cosas, tanto de las que son como de las que no son». Y mientras, Parménides elucubraba en torno al ser e Hipócrates establecía los principios de la medicina que muchos médicos ostentan hoy con orgullo en sus despachos.

Pero el amor por el Mediterráneo debe seguir e intensificarse y tener como referencia aquello que Jiddu Krishnamurti nos proponía: «La libertad total, reto esencial del hombre». Porque nadie es dueño de toda la verdad, ni de la libertad, sino que ambas cosas son principios a los que no se puede renunciar porque ellas hacen posible el diálogo entre los hombres. Si uno se cree en posesión de toda la verdad, juzgará a los otros como equivocados, pero si por el contrario, nadie se cree en posesión de la verdad total, todo se podrá discutir y se hablará con el otro, que también posee parte de la verdad. Entretanto, el agua salada del mar, turbia a veces, limpia otras, con algas, densa, esperándonos, recuerdo de los que la probaron. Agua de Marruecos, Argelia, Túnez, Libia, Egipto, Palestina, Israel, Líbano, Siria, Chipre, Turquía, Grecia, Italia, Francia, España... países del Mediterráneo, norte o sur que necesitan calmar su sed. Agua que es metáfora y bautismo de distintos pensamientos. Agua decidida, que derrama su historia sobre nuestras cabezas, que deja que nuestros brazos jueguen con ella, que advierte a nuestro cuerpo de cualquier peligro como en otros tiempos, cuando se creía que el Mediterráneo estaba invadido por monstruos. Mare Tenebrorum. Mare Nostrum.

Mar en el que se bañan mahometanos, cristianos, judíos, calvinistas, luteranos, ortodoxos, heterodoxos, maronitas, coptos... mujeres y hombres. De vez en cuando, este mar enfadado elige a uno de ellos y se lo traga, como ese monstruoso Saturno que devoraba a sus hijos y provocaba el llanto compasivo de las plegarias y peticiones, y a veces acababa devolviendo el cadáver exangüe a sus playas. Un cuerpo a la deriva, roto, doblegado, vencido. Mar de piedad y calor, despiadado contemplador de inmensos ojos, que comprueba la estupidez humana, la falta de diálogo. Mar que nos sorprende a veces con su severidad y placidez en noches claras de estío, cuando la luna llena nos muestra la distancia de los pueblos mediterráneos o su cercanía. La inmensidad del mar, del agua, del día, del hombre.

Pequeñez del individuo, del egoísta, del insensato, del prepotente. Motivación del grandioso, del que tiende la mano sin importarle que la otra sea árabe, cristiana, atea, católica, musulmana, pobre o rica, fea o grandiosa. Diálogo y monólogo posible. Cultura unida por las raíces de sus pueblos y por la comunicación entre ellos. Mar Mediterráneo, camino para encontrar al otro, para conocer su identidad, aprender sus diferencias, contemplar su cultura y vivirla. Mar Mediterráneo que traduce y refuerza la tarea de los jóvenes, que ayuda a vivir en tolerancia y en mentalidades distintas. Mar Mediterráneo, música con olor, sabor, color a mar incoloro. Mar Mediterráneo, identidad y diversidad de pueblos y culturas, todas ellas posibles a la vez. Mar, biblioteca para aprender del agua y de su riqueza, extraerla del fondo, del intercambio. Mar de unidad y pluralidad. De respeto que preserva y promueve las culturas y al mismo tiempo las mantiene. Mar Mediterráneo, creación probable de un Dios desconocido. Mar Mediterráneo del final de un día.